11273

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

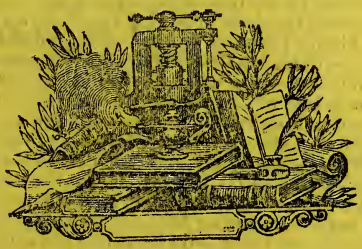
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.
CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

5

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,

publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar erra
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra ca
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hec
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prest
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Am
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y ami
Amor venga sus agravios.—Amorios de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio P
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coqu
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuer
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libr
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borras
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. P
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamient
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualid
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celo
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revol
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon y e
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Cont
ycebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro,
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—C
oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela.*—Calderon.—Carta y guarda pel
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ar

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—De
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios lo
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvar
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don J
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el diner
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casadera
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres p
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita—.Dote de María.—D
tiga sin palo.—Duende del mesón, *zarzuela.*—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—E
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—E
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engaña
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los p
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Español
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un ba
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las a
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuc
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisa
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas con
vios.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fo
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de
.—Fé, esperanza y osadía.

UNA NUBE DE VERANO.

Comedia en tres actos y en verso,

original de

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades la noche del 22 de Setiembre de 1854.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion en los Teatros del Reino en 27 de Marzo de 1854.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-Baja, n.º 19, bajo.
Marzo 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
MATILDE.	*Doña Matilde Duclós.*
ELISA.	*Doña Rita Revilla.*
ANITA.	*Doña María Romero.*
DON LUIS.	*Don Manuel Osorio.*
DON JUAN..	*Don José Calvo.*
DON CÁRLOS.	*Don Jorge Pardiñas.*

La escena es en Madrid el año 1853.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Sócios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Á MIS MÁS QUERIDOS AMIGOS

LUIS EGUILAZ Y DIEGO LUQUE.

Si es cierto que los hermanos del corazon suelen quererse más que los de la sangre, no os estrañará que os dedique la presente comedia, cuyo único mérito consiste en los aplausos inmerecidos de que el público la ha colmado.

Débil es la muestra de mi cariño, pero á bien que soy jóven, y tal vez llegue algun dia en que os pueda ofrecer otra obra que sobre ser de más valor, pueda compararse con el afecto que os profesará siempre,

Luis Mariano de Larra.

669384

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Juan, Balcon á la derecha del actor, que figura dar á la calle de Alcalá. Puerta al lado que dá, como las de la izquiezda, á las habitaciones interiores. Otra al fondo. En todas ellas cortinas de lujo. Butacas, espejos, etc., etc,

ESCENA PRIMERA.

ANITA. DON JUAN. *(Aparecen.)*

Juan. Yo quiero que me lo cuentes!
Anita. Y yo no quiero decírtelo.
Juan. Lo dirás.
Anita. No lo diré.
Juan. Lo veremos.
Anita. Ya está visto...
Yo puedo tener secretos...
Juan. Que ocultas á tu marido?...
Así te olvidas, Anita,
á los veinte años cumplidos
de boda, de lo que dice
Ripalda en su Catecismo!
La mujer debe obediencia...
Anita. Y yo me casé contigo
para mandar en mi casa;
estamos? Tú no eras rico,
y yo te dí con mi mano...
Juan. Adios!... los diez mil del pico...
Anita. Diez mil duros!... te compré:
estamos?
Juan. Dios me dé tino!

Anita. Soy ama, estamos?

Juan. Estamos
haciendo un papel ridículo.
No es natural que yo quiera
saber la causa, el motivo,
de por qué están en mi casa
las gentes que en ella admito?
Vivíamos santamente
en la calle del Colmillo
hacia mas de diez años,
en un caseron magnífico,
y de repente aparece
una señora. Salimos
conque, yo no sé por qué,
se queda á vivir contigo,
que si bien tiene ella casa,
segun tú misma me has dicho,
sienta, por mi mal, sus reales
en mi pobre domicilio,
á espensas de mi paciencia,
de mi humor y mi bolsillo.
Callo! De pronto te ocurre
el espantoso designio
de mudarte; buscas casa,
y vamos sin mi permiso
á habitar, por mi desgracia,
á la calle de Peligros...
Callo tambien! Tu amiguita
Matilde, falta de juicio,
nos hace ir siempre á paseo,
te lleva al teatro del Circo,
y lo que es aun mas estraño,
vais siempre de tapadillo.
Si vamos al teatro Real,
ha de ser al paraíso,
donde se ve á los cantantes
del tamaño de un pepino.
Si á las máscaras, tenemos
que estar durante el bullicio
con el traje y la careta
aunque uno se abrase vivo.
Si al teatro, á la ignominia;

y estoy teniendo el capricho
de que si vais á los toros,
os soplais en el tendido.
Por las noches al balcon
os poneis, y esto es mas lindo;
todo se os vuelve mirar
hácia la puerta del Suizo.
"Ya sale," dice la una;
"ya entra," os decís al oido;
y yo, que ni entro ni salgo
en tan raro laberinto,
la cabeza me devano
sin que saque nada en limpio.
Y no contenta con esto,
el otro dia, á las cinco
de la tarde, cuando el sol
achicharraba, contigo
me llevas, sin decir nada,
de Alcalá por el camino
á recibir á otra amiga
que en la diligencia vino...
Os saludais, os dais besos,
y aumentando mi martirio
tambien te la traes á casa,
donde ocupa el cuarto mio.
Siguen las conversaciones,
aumentan los secretitos,
y yo por una y por otra
estoy hecho un zarandillo.
"Don Juan, al punto un carruage,
(*Remedando la voz de las mujeres.*)
"don Juan, baje usted ahora mismo,
"y vea si el caballero
"de pantalon de cuadritos
"que estaba enfrente, hace señas
"a aquella del abanico.
"Que necesito billetes
"para ir al jardinillo."
Y todas os preguntais:
"le has visto? no, no le he visto."
Qué es esto? En qué tiempo estamos?...
(*Fuera de sí.*)

De mi tugurio tranquilo
pretendes hacer acaso
un nuevo San Bernardino?
Qué damas son esas damas?
A qué vienen estos líos?
Que estoy viendo que si sigues
en tu espantoso delirio
de admitir á cuantas quieran
venir á vivir contigo,
será preciso poner
en el Diario de avisos,
con letras de dos pulgadas,
el siguiente remitido:
"Por razones ignoradas,
"se advierte á este pueblo invicto,
"que á casa de don Juan Robles
"se ha trasladado el Hospicio."

Anita. Has acabado?

Juan. Acabé.

Anita. Pues te digo y te repito,
que nada puedo decirte
mas de lo que ya te he dicho:
que esas damas no me estorban,
que alegre con ellas vivo,
que son jóvenes y honradas,
que puesto que somos ricos,
podemos gastar dinero;
y que pues no tengo hijos,
justo es que busque quien quiera
distraerme de un marido
tan caviloso y tan sándio;
y por último, que insisto
en callar, y que no quiero
decirte mas.

Juan. Bravo! lindo!
Cásese usted!

Anita. No haberlo hecho:
yo tu mano no he pedido.

Juan. Pero mujer...

Anita. Y silencio,
que aquí salen.

Juan. Me resigno.

ESCENA II.

DICHOS. ELISA. MATILDE. (*Por la primera puerta de la izquierda.*)

Anita. Adios! Has dormido bien?
Matilde. Muy bien: y usted?
Anita. De lo lindo.
Y Elisa?
Elisa. Yo!... casi nada.
Matilde. Y usted, don Juan?
Juan. Yo?... magnífico.
Ayer tuve calentura,
y apenas amanecido
he tenido la fortuna
de que me dé un tabardillo.
Matilde. Mal humorado está usted.
Juan. Ya ve usted, el calor y el frio...
Anita. Ya se lo dije á Matilde, (*A Elisa.*)
á quien como á hermana miro:
su historia de usted idéntica
á la suya; el estravío
de su esposo, y la amistad
que en ustedes dos he visto,
me interesó por usted
de tal modo, que he tenido
un placer en que admitiera
mi oferta.
Matilde. (*A las dos.*) Feliz no he sido
yo tampoco en mis pesquisas.
Hace ya un mes que he venido,
y ni en paseo en el Prado,
ni en los teatros le he visto.
Anita. Se le ha tragado la tierra:
y eso que no hemos perdido
la más pequeña ocasion.
Dios quiera que más benigno
con usted el cielo, haga
vea pronto á su marido!
Elisa. Dios lo quiera.
Juan. (*Sin oir lo que dicen.*) Pues, señor,
hago un papel muy bonito!
Elisa. De todos modos, señora, (*A Anita.*)

yo agradezco á usté infinito
su amabilidad. Si su
casa por ahora admito
es porque...

Anita. No hablemos de eso:
mayor mi placer ha sido.

Matilde. Es usted, Anita, un ángel.

Anita. Y tú, tú eres el diablillo
mas simpático y mas bueno
de la tierra.

Juan. Y yo el pollino
mas estúpido del mundo.

Matilde. Don Juan? (*Llamándole.*)

Juan. (*Levantándose.*) Adios!

Matilde (*Hablándole al oido.*) Necesito...

Elisa. Tan loquilla como siempre

Anita. Oh! Yo la quiero infinito.
Casi la he visto nacer...
y su tia siempre ha sido
mi mejor amiga.

Matilde. Un coche
quiero que traiga... (*A Anita.*)

Juan. Lo dicho;
soy un asno.

Anita. (*A don Juan.*) Que no tardes.

Juan. Y por qué no va Toribio?
para qué son los criados?

Anita. No te acuerdas que el domingo
nos trajo uno tan horrible
que nos silbaban los chicos?

Juan. Y hay quien se case!

Matilde. Yo quiero
que tú te vengas conmigo.

Elisa. Pero adónde vas?

Matilde. A casa
de Ginés por un vestido
que compré ayer.

Anita. Que se almuerza
á las doce. (*A las dos.*)

Juan. (*Poniéndose el sombrero.*) Ya estoy listo.

Anita. Ustedes tendrán que hablar... (*A las dos.*)

Elisa. Por Dios...

Anita. Esto es ya sabido:
en mi cuarto las espero. (*Vase.*)
Matilde. No tardaremos.
Juan. Qué hechizo!
Voy á ver si por fortuna
llego á encontrar un vehículo
que antes de andar treinta pasos
se haga trescientos añicos.

ESCENA III.

ELISA. MATILDE.

Elisa. Deja que otra vez bendiga, (*Se sientan.*)
cara amiga, mi destino.
Yo en Madrid, yo al lado tuyo!...
Matilde. De la suerte son caprichos.
Elisa. Cierto que es particular!..
Oh! quién nos hubiera dicho
en el colegio, que al cabo
de siete años no cumplidos,
por ser las dos desgraciadas,
íbamos á reunirnos!...
Matilde. Con todo, lo que nos pasa
es por demás bien sencillo.
Yo en Zaragoza vivia
sola; mi caro marido
vino á Madrid hace un año
á ganar cierto litigio,
y hace mas de cuatro meses
que ni una carta me ha escrito.
En este tiempo fallece
mi tia: Dios haya sido
tan generoso con ella,
como ella rara conmigo!
Sé por varios de la Corte
que mi dichoso Carlitos,
no solo está sano y gordo,
sino tambien... *distraido.*
Sin decir á nadie nada
de mi marcha y mis designios,
me meto en la diligencia:

á Guadalajara arribo,
donde por casualidad
te veo... Encuentro magnífico!
Nos hablamos dos palabras;
prometemos escribirnos;
me cuentas que hace medio año
que se marchó tu marido
de tu lado, y que en sus cartas
manifiesta su amor frio;
que de quedarse en la Corte
inventa nuevos motivos,
y yo que por mi fortuna
encontré un pecho benigno
en doña Anita, á quien siempre
desde mi niñez he visto,
sin ninguna esplicacion
que vengas aquí te escribo.
Llegas, te instalas, corremos
por Madrid, nada hemos visto;
pero en cambio estamos juntas
esperando un dia benigno
que nos traiga á nuestros cónyuges,
amantes y arrepentidos.

Elisa. Este es justamente el caso;
y mas aun me maravillo
al ver que nuestras historias
son hasta ahora lo mismo.

Matilde. Pero esplícame, si puedes
esplicármelo, el motivo
del abandono espantoso
de tu... pues... de tu marido.

Elisa. Con bastante capital
para vivir felicísimos,
con mi amor inestinguible,
con mi incansable cariño,
qué pudiera apetecer
para dejarme el impío?

Matilde. Conque la causa no sabes?

Elisa. Ni por pienso. Yo lo mismo
he estado con él un dia
que otro... Mi amor ha crecido
despues de casarme, y siempre

con mi deber he cumplido.
Al principio mis caricias
recibia con delirio;
á poco las esquivaba;
despues odiólas altivo;
y por último, enojado
de mi amante desvarío,
hasta en sus cartas le encuentro
indiferente y esquivo.

Matilde. Tú siempre has tenido un alma
de fuego, y habrás creido
sujetarle á tus encantos
con un afecto sin tino:
le habrás dado tanto amor
que el pobre se habrá rendido,
y es tan malo no amar nada
como querer con delirio.

Elisa. En qué pequé si le adoro?

Matilde. En adorarle: y el mio?
Don Carlitos!... picarón!

Elisa. Pero ese...

Matilde. Estaba aburrido
con mi tia, la llamaba
archi-suegra, archi-vestiglo!

Elisa. Tú crees que los veremos?

Matilde. Un dia ú otro de fijo.

Elisa. Madrid es grande...

Matilde. No importa.

Elisa. En dónde estarán metidos?

ESCENA IV.

DICHAS. DON JUAN.

Juan. (*Por la puerta del fondo.*)
Señoras, el coche espera.

Matilde. Es bueno?

Juan. Mucho. (Un navío.)

Elisa. Conque quieres que salgamos?

Matilde. En este instante: es preciso
que ni una ocasion perdamos.

Elisa. Siempre que salgo tirito...

hay hombres tan insolentes!...
todos hacen unos guiños...
Se quedan mirando así...
Querrás creer que hasta me dijo
uno al pasar la otra tarde,
ju, juí: viva ese trapio...

Matilde. No tengas miedo: de Anita
entremos á despedirnos.
Adios, don Juan; hasta luego.

Juan. Servidor de usted.

Elisa. Repito!

(*Vanse izquierda.*)

Juan. Vayan ustedes con Dios!
(Si dejan pasar tranquilo
ese coche por la calle
sin dirigirle un pedrisco,
es que no tienen vergüenza
los madrileños. He dicho.)

ESCENA V.

DON JUAN.

Las diez y no me acordaba!
ah! cabeza de chorlito!
que á almorzar hoy mismo tengo
convidados dos amigos...
digo, convidados no,
porque ayer perdí al tresillo
un almuerzo, y como yo
nunca mando en mi bolsillo,
por no pedir á mi esposa
etcétera... convinimos
en almorzar en mi casa.
Habrá tambien sermoncito;
pero será necesario
que salga del compromiso.
Voy á decírselo á Anita,
y á esperarles en el Suizo.

ESCENA VI.

DON LUIS. DON CÁRLOS. (*Foro izquierda.*)

Luis. No le pase usted recado, (*Dentro.*)
que ya vendrá cuando quiera.
(No queda duda: aquí era.) (*Entrando.*)
Cárlos. Que miras con tal cuidado?
Luis. Ver si existe algun indicio
de una bella que aquí habita.
Cárlos. Bella? Si hablas por Anita,
es que perdistes el juicio.
Luis. Qué Anita?
Cárlos. Toma! la esposa
de don Juan.
Luis. Puede que sea:
es bonita?
Cárlos. Es vieja y fea.
Luis. Entonces es otra cosa.
Viven solos?
Cárlos. Creo que sí.
Luis. Pues en esta casa entró:
será en otro cuarto? no,
que luego al balcon la ví.
Cárlos. Mas de quién hablas?
Luis. De un sér
hechicero, encantador;
de una mujer que en rigor
es un ángel, no mujer.
Cárlos. Hola!...
Luis. La vi el otro dia
en la calle, la seguí...
Cárlos. Y entró en esta casa?
Luis. Sí.
Cárlos. No será como la mia.
Luis. Cuál?
Cárlos. Otra niña hechicera
á quien encontré en el Prado:
el rostro mas agraciado,
con unas manos de cera!...
Luis. Y dónde vive?
Cárlos. Lo ignoro,

porque un necio me paró,
y mientras despareció
de belleza aquel tesoro.
Y lo que me estraña mas,
es que ni en las reuniones,
ni en paseos, ni en funciones
la habia visto jamás.

Luis. Tampoco á la mia ví,
yo que á todas partes voy,
y lo mejor es que estoy
seguro de que entró aquí.
(*Pausa. Se sientan.*)

Cárlos. Por cierto que risa dá,
aunque alguien bien lo interprete,
ver cómo hacen el cadete
dos hombres de juicio ya.

Luis. El amor no mira nombres;
dueño absoluto de todo,
ataca del mismo modo
á los niños que á los hombres.
Y además confesaré,
aunque con mil trasudores,
que de fáciles amores
me canso ya por mi fé!
Desde que nos conocimos,
hace tres meses escasos,
en buenos y en malos pasos
juntos la tuna corrimos.
Y me cansan, sin ambajes,
aunque me ridiculizas,
esas virtudes postizas
ocultas tras mil encajes.
Hay mujeres que al seguirlas,
sin obstáculo ninguno,
hasta le quitan á uno
el orgullo de rendirlas.
Y pienso al mirar las bellas
que caen con un hombre ducho,
ó que el hombre vale mucho,
ó que valen poco ellas.
En tres meses me han querido
(*Levantándose.*)

Luisa, Julia, Magdalena,
Antonia, Rosario, Elena,
y alguna que dí al olvido.
Y entre ellas bien barajadas,
si de su parte te enteras,
hay casadas muy solteras,
y solteras muy casadas.
Y ellas te darán razon,
si las quieres preguntar,
de por qué suelen faltar
á su santa obligacion.
Las solteras pobrecitas,
porque no saben lo que hacen,
y su inocencia deshacen
sin saberlo, á las tres citas.
Las casadas... porque al fin
el marido es un tirano...
y porque siempre en verano
el calor engendra esplin.
Las viudas, por compasion,
las niñas por lo que oyeron,
las viejas por lo que fueron,
y todas por lo que son.
De modo que, á mi pesar,
me he llegado á convencer
que el que no tiene mujer
es que no quiere buscar;
que cual dice un escritor,
y bien mi elogio merece,
la que mas santa parece
es porque engaña mejor.

Cárlos. Pero advierte de camino, (*Levantándose.*
sin que intente defenderlas,
que solo para perderlas
empleamos nuestro tino.
Que nos fingimos amantes,
cariñosos, elocuentes,
enamorados, ardientes,
reservados y constantes.
Que olvidamos si vencemos,
que fingimos si no amamos,
y que la virtud buscamos

que nosotros no tenemos.
Las enseñamos el arte
de engañar y de mentir,
las hacemos sucumbir
y nos vamos á otra parte.
Si de nobles prendas bellas
no les dá el hombre destellos;
si tan pícaros son ellos,
por qué han de ser buenas ellas?

Luis. Sus deberes...

Cárlos. Egoismo!
Cumples con los tuyos tú?
Entonces, por Belcebú,
si hacemos todos lo mismo;
si las damos el ejemplo;
si con fingidas dulzuras
ni siquiera están seguras
las que guarda un santo templo...
cómo querer enmendar
lo que echamos á perder?
Cómo podrá la mujer
su santa virtud guardar?
No contra ellas te exasperes
dándolas tan crueles nombres:
mientras los hombres sean hombres,
siempre ellas serán mujeres.

Luis. De modo...

Carlos. Que basta ya:
que mi estómago se abrasa,
que don Juan no está en su casa,
y que en el Suizo estará.
A buscarle voy al punto,
si tu voluntad no tuerzo,
para que nos dé el almuerzo,
que es lo mejor del asunto:
y de tu imaginacion
curará las pataratas,
un buen Bistek con patatas,
y una lonja de jamon.
(*Se va por el foro izquierda.*)

ESCENA VII.

DON LUIS.

Tiene razon que le sobra,
y no le sé responder.
Seguro de su mujer,
cómo ha de estar quién mal obra?
Yo, por ejemplo, querido
de la mia, á otras prefiero
y hago vida de soltero
sin mirar que soy marido.
Sin embargo, el matrimonio
disgustos tiene á fé mia,
y aquella monotonía
es invencion del demonio.
Bah! Si la conciencia ruin
acusa nuestra demencia,
ahoguemos nuestra conciencia,
y gocemos hasta el fin.

ESCENA VIII.

DICHO. MATILDE. (*Con mantilla puesta, por el foro.*)

Matilde. Qué coche!
Luis. Quién? mi conquista!
Matilde. Ah! un caballero!
Luis. Señora!...
(Ella es! qué encantadora!)
Matilde. (Me está pasando revista!)
Busca usted...
Luis. Soy de don Juan
amigo, y le espero.
Matilde. Voy...
Luis. No se marche usted... estoy
viéndola á usted con afan.
Matilde. No sé... creo conocer...
Luis. Manos á la obra... audacia.
Matilde. Oh! Sí!... el que con pertinacia
me siguió...
Luis. Vamos á ver...

No pretenda usted dejar
en tan triste situacion
al que tiene la ocasion
de poderla á usted hablar...

Matilde. Usted á mí?...

Luis. Justamente...
Yo que apenas la miré,
quise sin saber por qué
encontrarla frente á frente;
y pues mi grato destino
la ocasion me llegó á dar,
no la dejaré escapar
ya que tan á tiempo vino.

Matilde. Permita usted que no entienda...

Luis. Pues sencillo es por demás.
No me ha visto usted?...

Matilde. Jamás...

Luis. No es cierto.

Matilde. Hará que me ofenda.

Luis. Lo sintiera, pero creo
que debió usted reparar
la otra tarde... mi mirar.

Matilde. Que termine usted deseo.

Luis. No aumentaré mi martirio
callando mi afan cobarde:
la he visto á usted la otra tarde,
y la amo ya con delirio.

Matilde. Jesus!... así de repente?...

Luis. El amor entra deprisa.

Matilde. No puedo tener la risa.

Luis. Pues ríase usted... Corriente...
Eso no disminuirá
la verdad de lo que digo.

Matilde. De don Juan es usté amigo?

Luis. Por mi fortuna...

Matilde. Quizá
no le habrá dicho quién soy.
(No es fácil; él no lo sabe.)

Luis. No por cierto.

Matilde. (El hombre es grave.)

Luis. Pero ahora á saberlo voy.

Matilde. No hace falta.

Luis. Cómo no?
De qué modo la hablo á usté,
cuando ni su nombre sé?
Matilde. Tampoco el suyo sé yo.
Luis. Luis de Peralta y Amato,
granadino y con dinero:
veinte y cinco años, soltero;
ahí tiene usted mi retrato.
Matilde. Bravo!... A risa me provoca!
Luis. De burla oiré mil granizos,
con tal de ver los hechizos
que encierra esa linda boca.
Matilde. (Peralta!)
Luis. Y yo no sabré
ni su nombre?...
Matilde. El nombre mio...
Luis. Saberlo tan solo ansío.
Matilde. Pues yo no se lo diré.
Luis. Tampoco ese mal me acosa,
y á falta de otro mejor,
la llamaré ángel de amor,
ó deidad... ó cualquier cosa.
Matilde. Ja! ja! al menos es chistoso!
Luis. No lo niego.
Matilde. Ja, ja, ja!
Luis. Qué bella riendo está!
Matilde. Ja! ja!
Luis. (*Ap.*) Diantre! si haré el oso!
Conque no podré saber?...
Matilde. Basta de broma!
Luis. La juro...
Matilde. Quiero salir del apuro
en que me supo poner...
No admitiré su pasion...
mejor diré, su deseo;
primero porque no creo
su loca declaracion.
Y aunque su genio me agrada,
más mi repulsa se funda
en otra razon segunda,
y es, don Luis, que soy casada.
Luis. Mejor!

Matilde. Cómo!
Luis. No!... es decir...
Matilde. Así, cese esta entrevista.
Luis. Pero es justo ¡oh Dios! que exista
quien su pecho haga latir?
Matilde. Y no oiré razon ninguna.
Luis. Feliz esposo te nombres:
bien dicen ¡cielos! que hay hombres
con insolente fortuna.
Y quién es el majadero?...
Matilde. Caballero...
Luis. No... el marido
de tal belleza...
Matilde. Atrevido
es usted.
Luis. Su cancerbero
será algun viejo con gota,
algun hombre que dé susto.
Matilde. No tengo yo tan mal gusto.
Luis. Ese hombre mi calma agota.
Pero no! Usted no es casada;
en su semblante lo veo.
Matilde. Se lo afirmo.
Luis. No lo creo.
Matilde. La chanza se hace pesada.
Luis. Cómo se llama el menguado?
Matilde. Mi esposo es don Cárlos Ruiz.
Luis. Cómo! Ruiz!
Matilde. Ruiz.
Luis. (Infeliz!
Diantre! Conque era casado?)
Un jóven guapo, elegante,
moreno...
Matilde. El mismo.
Luis. (Ah, bribon!)
Matilde. Conoce usted?...
Luis. Picaron!
(Fuera gracioso... adelante!)
Cómo! (Me salva el ardid.)
Es usted mujer... ¡qué horror!
del hombre mas seductor
y mas trueno de Madrid?

Se ha visto cosa como ella!
Esa odiosa criatura,
para él no hay virtud segura,
casada, viuda ó doncella.

Matilde. Cómo!

Luis. Mi boca sostiene
lo que la afirma mi pecho:
un calavera deshecho
que cuatro queridas tiene.
La viuda de un coronel,
la hija de un oficinista,
y la esposa de un fondista
de la calle del Clavel.

Matilde. Es imposible.

Luis. Lo juro:
yo que amo...

Matilde. No mas hablar.
Si lo llega usté á probar...

Luis. Lo probaré, de seguro.

Matilde. (De ese modo lo veré,
y aunque infiel...) De esa manera
podré verle á usté!

Luis. Hechicera!
que usted se convenza haré.

Matilde. Hasta tanto...

Luis. Beso humilde.

Matilde. Oir no podré su amor.

Luis. Pero...

Matilde. Ya he dicho.

Luis Es rigor!
Pero su nombre?...

Matilde. Matilde.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Encantadora aventura!...
De Carlitos es mujer!
Bribon! que me ha hecho creer
que era soltero: oh ventura!
Contenerme no podia,

porque la risa me ahogaba;
y ella, que no sospechaba...
buen lance es, fortuna mia!
Luego viven separados
puesto que él viene á esta casa
y no sabe lo que pasa?...
Oh, maridos desdichados!...
Y tampoco ella sabrá
dónde vive su consorte...
Como es tan grande la Corte...
buena conquista será! (*Pausa.*)
Es mi amigo... Y qué reveses
no hace el amor soportar?
Sí!... bien se puede faltar
á un amigo de tres meses.
Estar aquí mas no quiero:
segun dijo, espera enfrente...
Cuando le halle frente á frente,
si no me río me muero!
(*Se va por el foro.*)

ESCENA IX

ELISA (*Segunda puerta izquierda.*)

Creí escuchar!... Quién sería?...
Matilde se está vistiendo
hace un rato á lo que entiendo.
Triste existencia la mia!
Es estraño no haber visto
en diez dias á mi esposo.
Oh! Sin duda es muy dichoso...
un mes así no resisto!
ni en el paseo ¡ay de mí!
ni en ninguna parte pude
verle... Si á ninguna acude
dónde está!.

ESCENA X.

ELISA. DON CÁRLOS. (*Por el foro.*)

Cárlos. Tampoco aquí!

Elisa. Quién?
Carlos. Señorita! Qué miro!...
Mi bella desconocida!...
Hechicera es por mi vida!
Elisa. (Cómo mira! Me retiro...)
Busca usted...
Carlos. Busco á don Juan;
pero ha quedado en venir.
Elisa. Usted me ha de permitir...
Carlos. Antes oiga usted mi afan.
Elisa. Qué dice usted ..
Carlos. (Vive Cristo!
que don Luis dijo que aquí
vivia la suya... sí...
si será la misma?...) Insisto
en detenerla un instante
aunque sin razon ninguna,
ya que mi loca fortuna
me la puso á usted delante.
Elisa. Me sabrá usted esplicar?...
Carlos. Aunque ofenda su decoro,
señorita, yo la adoro...
(Vaya un modo de empezar!)
Elisa. Cielos!
Carlos. No hay porque asustarse:
soy un hombre bien nacido.
Elisa. Sin duda mal he entendido...
Carlos. Procure usted no enfadarse.
La ví ayer y la seguí;
su rostro me enamoró.
Elisa. Usted me conoce?
Carlos. No.
Elisa. Y se atreve á hablarme!
Carlos. Sí.
Pues que su rostro admiré,
que el mio examine espero:
puesto que tanto la quiero,
vengo... á que me quiera usté.
Elisa. Caballero, usté está loco!
Carlos. Podrá ser de enamorado.
Elisa. Parece usted descarado.
Carlos. Cómo!

Elisa. Descarado.
Carlos. Un poco.
Elisa. Pues yo no debo escuchar
á quien con tal desenfado
me habla de amor.
Carlos. Desdichado!
Usted me quiere matar.
Elisa. Beso á usted...
Carlos. Dios lo quisiera!
Usted no saldrá de aquí
sin que premie con un sí
la pasion que me exaspera.
Elisa. (Miedo tengo á este atrevido!)
Carlos. Responda usted á un amante.
Elisa. Oh se va usted al instante,
ó llamaré á mi marido.
Carlos. (Es casada!) Y bien, que venga
á defender su tesoro;
le diré que á usted adoro,
y haremos lo que convenga.
Que venga aquí ese marido.
Elisa. Caballero! Cómo hacer?...
Me va usté á comprometer...
Carlos. Pero dónde se ha metido?...
Elisa. Es que ha salido hace un rato.
Carlos. Pero quién es el dichoso?...
Elisa. Tal vez conozca á mi esposo:
don Luis Peralta y Amato...
Carlos. Don Luis. (Cielos! Su mujer!
de quien él me habló con risa!...)
Y se llama usted?...
Elisa. Elisa.
Carlos. La misma. (Qué debo hacer?
El que vive me ocultaba
con su mujer, y decia
que há un año no la veía...)
Elisa. (Creo que no me engañaba.)
Usted le conoce?
Carlos. Mucho...
Y tiene usted por marido
á un calavera, á un perdido.
Elisa. Ah, cielo santo! qué escucho!

Cárlos. La verdad! Tiene amoríos
con casadas y solteras;
tiene siempre borracheras,
pendencias y desafíos.
Elisa. Ay de mí!
Cárlos. Pues la hace mella.
Por él la condesa bella
del Manzano está perdida;
y él la quiere.
Elisa. Una querida!
Cárlos. Y se ha marchado con ella.
Elisa. Dónde?
Cárlos. (Valme, audacia mia!)
Elisa. Usted sin duda no ignora?...
Carlos. Se la ha llevado, señora,
á la guerra de Turquía.
Elisa. Desdichada!
Carlos. En cambio está
siempre á su disposicion...
Elisa. Ay de mí!
Carlos. Mi corazon.
Elisa. Caballero! basta ya.

ESCENA XI.

DON CARLOS.

Cosa mas particular!
Esta es la que con su amor
ha cansado... y en rigor,
pues que tanto sabe amar
que á su esposo causa espanto,
bendigo la suerte mia!...
es una ganga en el dia
una mujer que ama tanto!
Mas si siempre me juró
que estaba en Guadalajara...—
Justo! Si bien se repara
será celoso... hombre! y yo...
Por qué no?... en estos asuntos
no sé yo quién bien se porta,
y aunque es mi amigo... qué importa

que los dos vayamos juntos?
Por ahí andan mas de tres
maridos con los amantes,
que eran muy amigos antes
y lo son aun mas despues...
Mas si yo las cartas ví...
Justo... ha venido á indagar...
Y don Luis debe ignorar
que está aquí su esposa... sí.
Y es bella la tal Elisa!...
Si á don Luis acierto á ver,
no sé cómo voy á hacer
para no morir de risa.

ESCENA XII.

DICHO. DON LUIS. DON JUAN. (*Por el fondo.*)

Luis. (Era su mujer!...) (*Ap. á don Juan.*)
Juan. (Chiton!)
Carlos. (Aquí... está... Serenidad.)
Juan. (Es mucha casualidad!)
Carlos. Aquí está nuestro anfitrion...
(*A don Juan.*)
Almorzamos?
Juan. (Infeliz!)
Por qué no?
Luis. Almorcemos pues.
Carlos. (Y tan tranquilo, eso es!)
Luis. (No cometa usté un desliz.) (*A don Juan.*)
Carlos. Qué tal te fué por abajo?
Luis. Y á tí qué tal por arriba?
Juan. (En nada mi calma estriba!...
el no reirse es trabajo.)
Luis. He encontrado á la hermosura
á quien doy mi vida entera.
Carlos. Tambien yo ví á la hechicera
que me colma de ventura...
Y qué tal la tuya?
Luis. Bien
se ha divertido.
Juan. (Oh! marido!)

Carlos. Tambien la mia ha reido:
Dios te dé fortuna.
Luis. Amen!
Juan (Y él mismo!)
Luis. Que te ame espero,
y que la conquistes pronto.
Carlos. (*Ap. á don Juan.*)
Es un majadero, un tonto...
Juan. (Y le llama majadero...)
Se ríe usted?
Carlos. (Sin querer.
Figúrese usted, mi amigo,
que la hermosura que digo
es su mujer...!
Juan. (Su mujer!...)
Luis. (Don Juan se muere de risa!)
Carlos. (Y se ríe el desdichado!)
Juan. (Y los dos se la han pegado!...)
Vamos á almorzar aprisa.
(*Pausa. Todos contienen la risa.*)
Luisa. (Callarme no puedo ya!)
Carlos. (Imposible resistir.)
Juan. (Qué haré para no reir?...)
(*Se miran y prorumpen en una carcajada.*)
Todos. Ja! ja! ja! ja! ja! ja! ja!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de descanso del Teatro Real en una noche de Máscaras. Espejos, arañas encendidas, butacas y muebles de lujo. Puertas á los lados y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. DON CÁRLOS. (*Puerta del fondo.*)

Juan. Atrás, canalla importuna!
Qué confusion, Dios eterno!
Cárlos. Y qué fachas y qué trajes!...
Por Cristo que no comprendo
cómo hay quien se desfigure
con tan raros embelecos!...
Juan. Y qué imprudentes algunos!
Carlos. (Daré cima á mi proyecto.)
No ha visto usted á don Luis?
Juan. Qué he de ver entre el jaleo
y la zambra y el bullicio
que reinan por allá dentro?
Carlos. Yo le oculté que venia.
Juan. Vendrá con todo.
Carlos. Lo temo,
porque no suele faltar
á las fiestas de este género!
Juan. Y á qué ocultarle?...
Carlos. Demonio!
estuviera el lance bueno!
No se acuerda usted que Elisa
es su mujer, y que tengo
cita aquí con ella?

Juan Brabo!
espasmódico! soberbio!
No me acordaba.
Carlos. (Veamos.)
Que es usted mi amigo creo.
Juan. Vaya una pregunta!... Y tanto.
Carlos. Pues entonces sin rodeos
va usted á calmar mis dudas.
Juan. Pues empiece usted.
Carlos. Empiezo.
Juan. (Si aguardas á que te entere
de esas cosas, ya estás fresco.)
Carlos. En primer lugar Elisa,
por quien estoy medio muerto,
dice que su esposo es
Luis Peralta.
Juan. Será cierto...
Carlos. Dice que en Guadalajara
vivian los dos contentos
hace medio año, y que él
con un frívolo pretesto
vino á Madrid...
Juan. Sí que vino.
Carlos. Que desde entonces no ha vuelto
á verle.
Juan. Si ella lo dice...
Carlos. Que no está en Madrid de asiento
la tal Elisa, y que hallar
es solo su único anhelo
á su marido, y volverse
á Guadalajara.
Juan. Bueno!
Carlos. Que hace diez dias tan solo
que se halla en Madrid.
Juan. Convengo.
Carlos. Que siente haber abusado
de ustedes
Juan. Tambien lo siento.
Carlos. Y que si yo soy honrado...
Juan. (Que lo dudo.) Que lo creo.
Carlos. Tanto la pudiera amar,
y tanto su desconsuelo

y tan infame es su esposo,
que por último admitiendo
mi compañía, vendrá
hoy al baile.

Juan. Lo celebro!

Carlos. Que traerá un dominó azul,
que los dos hablar podemos,
y que ya hice su conquista
segun he visto.

Juan. Y laus Deo!

Carlos. Sí? pues dice usted bastante.

Juan. Calla! No está usted contento?
Pues qué quiere usted que diga?

Carlos. Si lo que ella dice es cierto.

Juan. Qué sé yo! Si ella está en casa,
mi mujer sabe el secreto:
las dos son amigas íntimas,
y yo rara vez me meto...
Que está casada... mejor!...
Que le ama á usted... buen provecho!
A mí no me importa nada,
y si no callo reviento.

Carlos. Una vez que usted no quiere
hablar, no seré molesto;
pero le ruego por Dios
que guarde usted el secreto.
Mientras usted queda aquí,
yo voy á ver si la encuentro.

Juan. Fie usted en mí. (No sabe
que se halla en un caso idéntico
con su mujer don Luisito.
Qué maridos, Dios eterno!
y que mujeres! qué carga,
qué... la mia por ejemplo!)

ESCENA II.

DON JUAN. ANITA. ELISA. MATILDE. (*Por el foro. Elisa con un dominó azul, Matilde rosa, y Anita negro.*)

Anita. Gracias á Dios! (*Se quita la careta.*)

Juan. Él me valga!

Anita. Por qué no esperaste adentro?
Juan. Porque hace mucho calor,
y me gusta mas el fresco...
Anita. Están ustedes cansadas?
Elisa. No, señora. *(Se quita la careta.)*
Matilde. Ni por pienso. (*Idem.*)
Elisa. Usted es la que estará
fastidiada del enredo
que hemos llevado á su casa.
Anita. Ya he dicho á usted que no quiero
que me hablen de esa bicoca,
y no paro, no sosiego,
hasta que logre mirarlas
felices...
Elisa. Cuánto agradezco...
Anita. Tu plan, Matilde, me gusta,
y para llevarle á efecto,
en completa libertad
desde este momento os dejo.
Matilde. Pero usted...
Anita. Te has olvidado
que está aquí mi caballero?
Juan. Pues, señor, vamos andando.
Anita. Como buen marido anhelo
que bailes conmigo un wals;
ya tocan.
Juan. Huy! Santo cielo!
repara que estoy cansado.
Anita. Ya descansarás corriendo.
Juan. Que me caigo.
Anita. Te levantas.
Juan. Mira que me estoy durmiendo.
Anita. Así te despertarás.
Vamos, Juanito, al momento.
Juan. Si desde el año catorce
no he vuelto á bailar.
Elisa. Qué es eso?
Anita. Nada, nada; el brazo.
Juan. El brazo:
que hacerlo bien no prometo;
nos van á dar una grita.
Anita. Infeliz de tí! Hasta luego;

en esta sala á las cuatro...
Juan, á bailar.

Juan. (Oh! dinero!)
De fijo á las cuatro vueltas
rodando los dos caemos,
y damos un espectáculo
en la capital del reino!
(*Se van por el foro.*)

ESCENA III.

MATILDE, ELISA. (*Sentándose.*)

Elisa. De modo que determinas...

Matilde. Que su falta conociendo,
los dos nos amen rendidos
y se arrepientan.

Elisa. Lo veo
difícil. Ya acostumbrados
al contínuo movimiento
de la córte, á sus conquistas,
á su libertad... Qué bello
porvenir pueden mirar
en encerrarse en un pueblo
con nosotras...

Matilde. No te aturdas.
Desempeña con acierto
tu papel, y lo demás
déjamelo á mí, y al tiempo.
Ayer mismo ni aun sabíamos
donde estaban... Dios es bueno,
y hará que la buena causa
triunfe, buscando los medios.

Elisa. Pero qué casualidad
es que amigos se hayan hecho!

Matilde. Sí, amigos como de córte...
los dos amistad fingiendo
tratan de engañarse, en vez
de corregir sus defectos.

Elisa. De modo que mi marido
te habló con tan grande afecto?
Tanto dijo que te amaba?

Matilde. Que le faltaba el sosiego
desde el dia que me vió:
que era su ángel, su tormento...
qué sé yo qué mas me dijo.
El tal don Luisito es bueno!

Elisa. Pues sí, que el tuyo es alhaja!
Con qué afan y atrevimiento
ya su cariño pintaba,
y á mi esposo maldiciendo
le llamaba calavera
y seductor... Dios eterno,
qué hombres!... Son lo mismo todos!

Matilde. Todos, hija... todos ellos
mienten cuanto les parece.
Si dejan de ser solteros
es porque hallan resistencia
en sus infames proyectos,
y porque solo casándose
lograrian sus deseos.
Casados, se fingen libres.
Esposa... mucho te quiero,
y en cuanto vuelven la esquina,
al primer buen pié ó buen cuerpo
dán con su virtud al traste
y si te ví no me acuerdo,
y es mucho si de las bellas
solo se enamoran ciegos,
que de mil maridos sé
de muy buen gusto, que siendo
su mujer encantadora,
de buen cutis y albo seno,
de proporciones esbeltas
y de torneado cuello,
están perdidos de amor
por una mujer sin pelo;
de pies grandes, de ojos chicos,
de labios blancos y gruesos....
y gracias que no te deje
por alguna... yo me entiendo.

Elisa. Pero en qué consiste, en qué
ese afan?

Matilde. Vas á saberlo.

En la esposa siempre es malo
lo que en la querida es bueno.
Te casas, y eres delgada:
al año, y no te exagero:
cuantas gordas ve tu esposo
son su encanto y su embeleso.
Que eres gruesa. Quién resiste
á una mujer de tal peso?
Si tienes lunares, dice,
"los lunares son muy feos,
son manchas que desfiguran
el semblante mas perfecto."
Tiene otra granos, y exclama:
"oh! qué lunares tan bellos!..."
Tienes ojos negros grandes,
"esos ojos me dán miedo:"
ve los de otra, "á mí me gustan
los ojos grandes y negros."
Y en fin, para concluir,
la faltas de todo el sexo
son encantos á sus ojos,
y tus encantos defectos;
tu mismo nombre se encuentra
á su inconstancia sujeto.
Primero dicen *¡mi vida!*
despues te llaman, *mi dueño;*
á poco tiempo, *mi esposa;*
despues, *mi mujer*, y luego
aquella aun no se ha vestido,
y á este *aquella*... acaba el cuento.

Elisa. Lo peor de todo, es que
no se puede estar sin ellos.

Matilde. Las caretas; aquí viene
(*Se levantan y se ponen las caretas.*)
mi marido; te le dejo:
veamos cómo te portas.

Elisa. Pero...

Matilde. Ya sabes.

Elisa. Yo...

Matilde. Vuelvo.

ESCENA IV.

ELISA. DON CÁRLOS. (*Foro.*)

Carlos. Ella es, y estamos solos.
Elisa. (Estoy temblando de miedo.)
Carlos. Eres tú la que yo busco?
Elisa. (Valor.) Yo soy.
Carlos. Cuánto tiempo
te he esperado... Cómo tardan,
de tí los instantes lejos.
Elisa. (Habrá bribon!) Sí? De veras?
Carlos. Qué! lo dudas!
Elisa. No lo creo:
dirás á todas lo mismo.
Carlos. A las bellas... no lo niego;
pero nunca de tal modo
sentí latir en mi pecho
este corazon sensible.
Elisa. (Y tanto...)
Carlos. Sola te encuentro
por mi dicha. Di, no quieres
que unas cuantas vueltas demos?
Elisa. No es de buen tono bailar,
segun me han contado.
Carlos. Cierto:
venir á bailar á un baile,
¡oh! si fuese en un entierro!
Elisa. Estás de humor.
Carlos. Como siempre:
y me verás mas contento
si te quitas la careta,
y ver tu semblante puedo.
Elisa. Tengo miedo de que vean...
Carlos. Es de muy mal tono el miedo.
Elisa. Mi marido...
Carlos. Tu marido...
está á estas horas durmiendo.
Elisa. Tú le ves todos los dias?
Carlos. Todos.
Elisa. Y nunca te ha hecho
la pintura de su esposa?

Carlos. Ni el mas pequeño recuerdo
tiene de ella.
Elisa. Fementido!
Carlos. Buen dicho... En cambio, yo tierno,
enamorado me miro
á tus encantos sujeto.
Elisa. (Si no vendrá al baile!) Di,
y le has dicho?...
Carlos. Ni por pienso
le he hablado de tí. El te juzga
En Guadalajara, y creo
que te dejaría allí
por toda la vida.
Elisa. Cielos!
Carlos. Qué es eso! Te pones mala?
Elisa. Me ahogo.
Carlos. Con ese lienzo
en la cara...
Elisa. Sí, mejor
será quitarme... (*Se quita la careta.*)
Cárlos. Oh! qué cielo!
Estás bella!
Elisa. Note usted
que la careta no tengo
y esa franqueza...
Carlos. Qué quieres?
El amor es indiscreto!
Elisa. (Haré lo que convinimos.)
Carlos. Sentémonos, á lo menos, (*Se sientan.*)
ya que pasear no quieres:
al ambigú subiremos.
Elisa. Basta...
Carlos. No te enfades.
Elisa. Yo
lo haré si sigue el tuteo.
Carlos. Derecho tiene mi amor...
Elisa. Pero no dí yo el derecho.
Carlos. Como usted guste...Podré
esperar que llegue el tiempo
en que mi pasion premiando...
Elisa. Son ustedes tan perversos
los hombres!...

Carlos. (Ya capitula.)
Elisa. Inconstantes...
Carlos. No lo niego.
Todo consiste en hallar
una que fije...
Elisa. Y yo puedo
tener esa pretension?
Carlos. Quién mejor que usted?
Elisa. Eh! Quieto!
Carlos. Si mi amor...
Elisa. Basta, ó me voy
y no vuelve á verme.
Carlos. (Bueno!
despues será.)
Elisa. (Yo ninguna
prenda á propósito veo.)
Carlos. En qué piensa usted?
Elisa. Insisto
en su inconstancia.
Carlos. Prometo...
Elisa. Quién sabe si ese alfiler
que lleva usted en el pecho
será regalo de alguna!
Carlos. (De mi mujer!) Ni por pienso.
Elisa. Es bonito!
Carlos. Así... así.
Elisa. Hechura de pensamiento.
Vea usté... puede que ella misma
le haya colocado.
Carlos. (Cierto!)
No!...
Elisa. Si no fuera de alguna,
me lo ofreciera.
Carlos. (Bien puedo
arriesgarme.) No, señora:
(no querrá,) y en prueba de ello,
tendré un placer en que admita
tan pobre don.
Elisa. Yo le acepto.
Carlos. (Demonio... pues le ha tomado!...
la niña es corta de genio!)
Elisa. Gracias mil. (*Se levanta.*)

Carlos. No hay porque darlas.
Qué puedo obtener en premio
de mi humildad?... (*Se levanta.*)
Elisa. Qué? Mi mano
para bailar.
Carlos. Qué portento!
Yo la tomo con delirio,
y en ella la doy un beso.
Elisa. Ay! Caballero!...
Carlos. Señora!
Elisa. (Dios mio!) No nos veremos
ya mas.
Carlos. Es una injusticia...
Gente viene...
Elisa. Apenas puedo...
Carlos. Don Luis de Peralta aquí!
Elisa. (Mi marido!... y de bracero
con Matilde!...) Por aquí.
Carlos. Ella caerá... no hay remedio.

ESCENA V.

DON LUIS. MATILDE. (*Por el foro.*)

Matilde. (Se han marchado.) A qué me traes
por aquí?
Luis. A que descansemos
lejos de la baraunda
del salon. Vaya, sentémonos,
y quítate la careta.
Matilde. No puede ser, porque creo
haber visto á mi marido.
Luis. Tu marido? lindo empeño!
A estas horas estará
arropadito durmiendo!
Matilde. Me lo aseguras?
Luis. Es claro.
Matilde. Entonces... (*Se quita la careta.*)
Luis. Bien haya el bello
porvenir que nos espera
juntitos... Mozo! (*Se sientan.*)
Matilde. Silencio!

Luis. Qué, no quieres tomar nada?
Matilde. Nada.
Luis. Tu opinion respeto.
Sabes que estás esta noche
encantadora en estremo,
y que no he visto mujer
de rostro mas hechicero?
Matilde. De veras?
Luis. (Pues toma varas,
como dicen los polluelos.)
Y qué logrará mi amor
esta noche?
Matilde. Yo no entiendo.
Es poco darle una cita
para un baile do podemos
estar juntos?
Luis. Phs! no es mucho.
Matilde. Que mas quiere usted?
Luis. Primero
que me tutees.
Matilde. Qué aprisa
ama usted!
Luis. Yo amo corriendo.
Conque, quieres?
Matilde. Si no es mas
tu ambicion, te la concedo.
Luis. Es mucho mas. (*Acercándose.*)
Matilde. Quietecito...
Vamos á ver...
Luis. No te ruego
nada de estraño.
Matilde. Yo soy
muy exijente.
Luis. Hola!
Matilde. Quiero
que el hombre á quien yo prefiera
sacrificios haga inmensos
por mi amor.
Luis. Qué no haré yo?
Matilde. Lo primero estarse quieto.
Luis. Concedido.
Matilde. Soy celosa,

muy celosa.

Luis. Hola!

Matilde. En estremo!

Luis. Hechicera cualidad!
Yo, pues si tu amor obtengo
juro no amar mas que á tí
en mi vida.

Matilde. (Habrá embustero!)
A cuántas dices lo mismo!

Luis. Cómo (á todas las que veo:)
te figuras...

Matilde. Quién te ha dado
esa sortija de pelo?

Luis. (Demonio! la de mi esposa!)
Esta!

Matilde. No ocultes el dedo.

Luis. Ca! no...

Matilde. De quién era el rizo?

Luis. El rizo de mi cabello:
este pelo es pelo mio.

Matilde. Tú tienes el pelo negro
y este es rubio.

Luis. Hombre! este es rubio?
No es estraño! Con el tiempo...
Ah! ya sé... yo era muy rubio..

Matilde. Muy rubio!

Luis. Muy rubio, y luego
se me ha vuelto tan oscuro...

Matilde. Para probármelo, quiero
que me la dés.

Luis. (Que la dé!...
Demonio!)

Matilde. Dudas? Ya veo
que es de mujer

Luis. Qué locura!
Mas ya ves, es un recuerdo
que guardo yo de mí mismo.

Matilde. Y si yo guardarle quiero.

Luis. Ah! entonces no digo yo
ese rizo tan pequeño;
toma toda la cabeza,
y me quedaré contento.

Y ahora?

Matilde. (*Se levanta.*) No puedo estar mas
contigo... Tal vez adentro
me estén buscando.

Luis. (*Idem.*) Despues
te veré?

Matilde. Búscame luego.

Luis. Pero marcharse tan pronto
y sin darme...

Matilde. (*Se pone la careta.*) Adios... Secreto.

Luis. Permíteme...

Matilde. No me sigas.

Luis. Adios.

Matilde. Adios (*Por el foro.*)

Luis. Qué buen cuerpo!

ESCENA VI

DON LUIS.

Pues señor! la conquisté
desenvuelto y decidido,
mientras su pobre marido
duerme tranquilo en su fé.
Es mucho Cárlos!... tan listo
preguntar por mi hechicera,
y no sospechar siquiera...
mal la hilaridad resisto.
En qué consiste, señor,
que en casándose un mortal
se vuelve tan animal...
tan marido... es de rigor!
Siempre temiendo un desliz,
se entrega á los mas espertos,
se le engaña á ojos abiertos,
y los cierra el infeliz!
No todos, por vida mia,
se engañan de esa manera.
Oh! Si á mí me sucediera
al punto lo advertiria.

ESCENA VII.

DON LUIS. DON CÁRLOS (*Por el foro.*)

Carlos. Nada!... Diantre! (*Al ver á don Luis.*)
Luis. Quién? Demonio! (*Al ver á don Carlos.*)
mi marido!
Carlos. Mi marido!
Tú en el baile! á qué has venido?...
Luis. Hombre! Y tú?
Carlos. (Imbécil!)
Luis. (Bolonio!)
Yo te hacia ya en la cama.
Carlos. Yo te creía durmiendo.
Luis. Pues ahí verás.
Carlos. Y voy viendo.
Luis. (Si tendrá tal vez escama...)
Carlos. (Si le habrá dicho don Juan...)
Vaya, vaya!
Luis. Quién diria
que en el baile te vería?
(Voy á salir de este afan.)
Ingénuamente, los dos
queremos seguir la pista
á alguna nueva conquista,
sin testigos.
Carlos. Sí por Dios.
Luis. Tal vez á la que dijiste
seguiste.
Carlos. La misma es.
Tú la que hallaste despues
que como yo la seguiste.
Luis. Justo. (No sospecha nada.)
Carlos. Bravo! (Ni piensa siquiera...)
Luis. Y es muy bonita?
Carlos. Hechicera!
Y la tuya!
Luis. Algo agraciada...
A este baile te citó?
Carlos. Sí... Y á tí?
Luis. Lo mismo.
Carlos. Bien!

Hay un marido!

Luis Tambien
tengo otro marido yo.

Carlos. Yo tu conducta no afeo,
pero como estás casado...
Qué pensáras si engañado
fueses tambien?

Luis. No lo creo.

Carlos. (Así son todos)

Luis. Mi Elisa
es una esposa algo rara,
que vive en Guadalajara,
y solo sale á oir misa.
Pero tú, gran camastron,
embustero solapado,
que estando cual yo casado,
te precias de solteron.

Carlos. Cómo!

Luis. Justo es que me arguya
cuando él en esta sala!...
Si mi conducta es tan mala,
por qué no arreglas la tuya?

Carlas. Conque... sabes...

Luis. Todo!

Carlos. Todo!
Y quién diablos te contó
que estaba casado yo?

Luis. Lo supe de un raro modo.
En el Suizo mismo, ayer,
donde con hablar se goza,
un jóven de Zaragoza
hablaba de tu mujer.

Carlos. De mi...

Luis. Tu infamia no labra.
Solo dijo que vivia
en soledad.

Carlos. Y su tia?...

Luis. No me dijo una palabra.

Carlos. Pues no la conoce bien.

Luis. Y ahora que juntos estamos,
seamos francos.

Carlos. Seamos:

yo lo seré.

Luis. Y yo tambien.
Los dos con harta prudencia
jóvenes y caballeros,
pasamos hoy por solteros.

Carlos. Estraña coincidencia!

Luis. Cuéntame pues la razon
de por qué con mujer bella
separado, ausente de ella
ocultas tu posicion.
(Con eso sé algun secreto
que con ella haré valer.)

Carlos. (El... así con su mujer,
será el triunfo mas completo.)

Luis. Tengo tiempo hasta las tres,
que en el salon me citó.

Carlos. A igual hora tengo yo
que verla.

Luis. Hablemos.

Carlos. Eso es.
Conque quieres que te diga
por que en Madrid?...

Luis. Justamente.

Carlos. Tú harás lo mismo.

Luis. Corriente.
Mi franqueza así te obliga.

Carlos. Fuí á Zaragoza empleado
con un destino no humilde,
y al ver un dia á Matilde
quedé de ella enamorado.
La conocí, la traté,
la hallé jovial y discreta
y una caterva indiscreta
de ella enamorada hallé.

Luis. Hola!

Carlos. Celoso quizá,
y por no sufrir reveses,
la hablé al alma... A los dos meses
éramos esposos ya.
Inmensa fué mi alegría,
su amor puro y verdadero;
pero dejé en el tintero

una tia... ay Dios, qué tia!...
Así mi suerte lo quiso,
porque sin doña Tomasa
hubiera sido mi casa
un segundo paraiso.
Paraiso fué realmente.
y te voy á dar la prueba:
de este Adan y aquella Eva,
la tia era la serpiente.
Siempre en chismes y en enredos
al ver la desgracia mia,
la daba tal alegría
que se chupaba los dedos...
"Por qué te vistes tan pronto?
"por qué te acuestas tan tarde?
"Tu mujer es muy cobarde
"y tu maridito un tonto..."
Si yo saludaba á alguna,
"tu marido te es infiel,"
y aquella luna de miel,
fué del acibar la luna.
Tanto en murmurar se goza,
ó se gozaba á su modo,
que me puso mal con todo
el pueblo de Zaragoza.
Por sus endiablados lios
y sus locas imprudencias
tuve cincuenta pendencias
y catorce desafíos.
Tal era mi suerte impía,
que exclamé con ansias negras!
"Señor, mándame diez suegras,
"pero llévate á esta tia!"
Ya se agotó mi paciencia
á todas horas probada,
y sin esplicarlas nada
me metí en la diligencia.
Vengan desdichas sin tasa,
nada me importa arruinarme,
si al fin puedo contemplarme
libre de doña Tomasa.
No hacen impresion en mí

cien maridos á porfía,
pero en oliendo una tia
no paro hasta Chamberí.
Y aunque haya tias tambien
que no son de aquel calibre,
Dios de las tias me libre
por siempre jamás amen.

Luis. Escuché tu relacion,
y mucho me ha hecho reir;
para mejor concluir
ahí va la mia, atencion.
En un convento educada
la esposa que yo elegí,
bella y jóven se unió á mí
sin saber del amor nada.
De tal modo mis caricias
hirieron su pecho fiel,
que fué mi luna de miel
una luna de delicias.
No era amor, era locura,
enamorada y ardiente
estaba contínuamente
brindándome su hermosura.
Ave en la jaula encerrada
desde su primer aliento,
sin tener mas pensamiento
que su prision adornada,
que sin pena y sin afan
viviendo alegre y gozosa
solo sabe que es hermosa
por los besos que la dán.
Ave que de pronto abierta
su prision sale y avanza,
y á los espacios se lanza
y á volar casi no acierta.
Que pasa la altiva cumbre,
que cruza el ameno prado,
y ve un placer ignorado
en su misma incertidumbre,
que en su intranquilo volar
si en un arroyo se mira,
cuanto mas ambiente aspira,

mas aire quiere aspirar;
que al ver la vida tan bella,
si un águila la persigue,
cansaria á quien la sigue
sin cansarse jamás ella,
así mi Elisa se lanza,
y anhelante y aturdida
nació al aire de la vida
en alas de su esperanza.
Pero...

Carlos. El pero es mi agonía.

Luis. Yo esperaba, y con razon,
del vuelo la conclusion,
y el vuelo no concluía...
Y pasó un mes y otro mes
en deliciosos instantes,
y si mucho me amó antes,
mas me queria despues.
Bien mio! mi caro esposo!
estás malo? algo tardaste...
Oh! qué tarde te acostaste!...
necesitas mas reposo!
Ella de almorzar me daba,
ella hasta el pan me partia,
y este pan de cada dia
me aturdia, me cansaba.
En vano yo la indiqué
que el amor es cosa buena,
mas que tambien envenena
como sin tino se dé.
Ella lloró su querella,
y se afligió como un niño;
como aquello era cariño
hice las paces con ella;
pero volvió la pasion,
y el cuidado, y el tormento.
No estaba libre un momento
de aquella persecucion.
Que ¿quién sufre á troche y moche,
aunque uno no tenga gana,
cariño por la mañana
y cariño por la noche?...

Cual tú, perdí la paciencia
al ver amor tan constante,
y comprendí que el calmante
mejor sería la ausencia.
Fingí un necesario asunto;
inventé cuatro ó seis cuentos,
y á pesar de sus lamentos
me vine á Madrid al punto.
Y estoy muy contento aquí,
que si por amor me ofusco,
yo me divierto y le busco,
mas no me busca él á mí.
Si sigo allí, muero de asma,
ó no cumplo como esposo,
porque amor tan pegajoso
era, no amor, cataplasma!

Carlos. Tambien me agradó tu historia:
pero, es tarde.

Luis. Verdad es:
ya nos veremos despues.

Carlos. (Venzo.) (*Se va por el foro.*)

Luis. (*Puerta derecha.*) (Mia es la victoria.)

ESCENA VIII.

DON JUAN. (*En completo desórden por el foro.*)

Uf!... Qué silba, Dios eterno!
qué granizada de pullas!
Ya me tiran del gaban.
Ya me quitan la peluca.
Qué habia de suceder?
Mi mujer tiene la culpa.
Se empeña en que baile yo!...
que no he vuelto á bailar nunca
desde el tiempo que se usaba
la gabota y la cachucha.
Ya se ve, al tercer acorde
de la tal polka mazourka,
mis pies pierden el compás
y mi cabeza se ofusca:
yo hago el paso del fandango;

ya con espantosa furia
llevo á rastras á mi cónyuje
por entre la alegre turba,
que con locas carcajadas
mas me aturde y me aturulla.
Pego un pisoton á un suizo,
y por no caer de nuca,
sin saber que hacer me agarro
al turbante de una turca.
Aquí es ella! Un indio bravo
que lances y duelos busca,
del primer embite, me hace
andar media legua justa,
y vengo á caer, llevando
á mi consorte confusa,
entre una humilde beata
y un hijo de Motezuma.
Yo me destrozo la cara
y mi mujer ¡desventura!
enseña al público cosas
que no debia ver nunca!
Crece la zambra y la gresca,
el sombrero me apabullan,
me bautizan con mil motes,
me aplastan, me desfiguran,
y de un corro, en otro corro,
desde un sofá hasta una estufa,
ya arrastrando cual culebra,
ya en un pie como las grullas,
llego á este salon, que ha sido
mi salvacion, mi ventura...
Adios... me escapo, me escurro,
que si me ve alguna bruja,
ó un aguacil me echa el guante,
ó algun moro me columbra,
van hacer de mi pellejo
panderetas y bandurrias!
(*Se va por el foro.*)

ESCENA IX

DON LUIS. DON CÁRLOS.

Luis. (*Puerta izquierda.*)
Por qué me dice que aquí
venga al instante, y me dá
este alfiler y se vá?...
Qué es lo que quiere de mí?
Como la dí la sortija
me quiso hacer un regalo.
Vaya con Dios... y no es malo...
no hay razon porque me aflija.
(*Se lo coloca al espejo.*)

Cárlos. Dice que al punto vendrá (*Por el foro.*)
para hablarme, á este salon,
y sin mas explicacion
me dá esta prenda y se va.
Oh! Quién será el importuno!

Luis. Qué veo! Maldito encuentro!
No te esperan por adentro?

Cárlos. No: y á tí nadie?...

Luis. Ninguno...

Cárlos. El caso es, ingénuamente,
que me ha citado.

Luis. Y á mí.

Cárlos. Para aquí?

Luis. Sí, para aquí.

Cárlos. Entonces es diferente...
Tambien es casualidad...

Luis. Cierto... y no atino por qué.

Cárlos. (Vaya un compromiso!)

Luis. Qué?

Cárlos. Nada.

Luis. (Qué fatalidad!
Si pudiera...)

Cárlos. Aunque te aflija
aquí he de estar.

Luis. Y qué hacer?

Cárlos. Yo conozco ese alfiler...!
(*Señalando al pecho de don Luis.*)

Luis. Demonio! y yo esta sortija.
(*Agarrándole el dedo.*)

Carlos. Yo á la mia se la dí.
Luis. Pues la mia me le dió.
Carlos. Pues no lo entiendo.
Luis. Ni yo.
Carlos. La viste la cara?
Luis. Sí.
(*Matilde y Elisa entran por el fondo con los dominós cambiados, y sin que ellos las vean bajan y se sientan cada una en un sillon al lado de su marido. Esto es, Matilde al lado de don Cárlos, y Elisa al de don Luis, pero con la careta puesta.*)
Carlos. Mi agitacion es imensa!
Luis. Y ella te dió...
Carlos. La sortija. (*Tosen los dos.*)
Luis. Será forzoso que exija...
Carlos. Chico, permite...
Luis. Dispensa.
(*Don Cárlos se va al lado de Matilde y don Luis al de Elisa.*)

ESCENA X.

DICHOS. ELISA. MATILDE.

Elisa. El momento llegó ya (*Ap.*)
Matilde. Finjamos. (*Idem.*)
Carlos. (*A Matilde.*) Señora quiero...
Luis. Que me esplique usted espero... (*A Elisa.*)
Elisa. (*Ap. á don Carlos, señalando á don Luis.*) Mi esposo!
Matilde. (*Idem á don Luis, señalando á don Carlos.*) Mi esposo!
Las dos. Ah!
(*Las dos fingen á un tiempo que se desmayan.*)
Luis. (Cielos! se desmaya aquí.)
Carlos. (Y se desmaya ante él!)
Luis. Qué es eso?
Cárlos. Lance cruel!
Luis. Se ha desmayado:
Carlos. Sí.
Luis. Sí.
(Cómo evitar que la vea!)
(*Tapándola con los faldones del frac.*)
Carlos. (Cómo hacer que no la mire!) (*Idem.*)

Luis. Lo primero es que respire...
Carlos. Aire es lo que ella desea,
Luis. (Señora, buena ocasion!)
Carlos. (Bonito lance... Señora!...
Los dos. La careta!
Luis. Ahora.
Carlos. Ahora!
Luis. Mas... discrecion. (*Bajando al proscenio.*)
Cárlos. Discrecion. (*Idem.*)
Luis. Ninguno aquí debe ver.
Carlos. No, nadie debe mirar.
Luis. (Tal vez se podrá evitar.)
Los dos. Oh!..
(*Quitándolas las caretas y reconociéndolas.*)
Luis. Mi mujer!...
Cárlos. Mi mujer!!
(*Los dos deben quedarse de rodillas ó en la postura violenta en que les haya cogido la accion. Cuadro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. ANITA. (*Aparecen.*)

Juan. Me levanto, me sublevo!
Anita. Juanito!
Juan. Me insurrecciono.
Soy libre, y en el derecho
de la libertad me apoyo;
levanto con mano fuerte
el pendon santo y glorioso
de la independencia. España,
á Dios gracias, no es el Congo.
No mas zambras, no mas bailes,
no mas grescas ni alborotos.
Soy el gefe de mi casa,
y en ella mando yo solo.—
De Dios el hombre es imágen
y la mujer del demonio:
así lo dicen los sabios
y lo afirman los teólogos.
Conque, lo dicho, y si acaso
vuelves hoy á tus antojos,
me defenderán las leyes
y algun párrafo del código,
y despues apele usted

si quiere á Pilatos Poncio.

Anita. Conque es decir?...

Juan. Es decir,
que hasta hoy he sido un tonto
que he dejado que me mande
mi mujer, su amiga, el prójimo,
y que cansado de ser
un estúpido de á folio,
seré un Neron, un Calígula,
ya que no me quieres Rómulo.

Anita. En mi vida he visto un hombre
de entendimiento mas romo.

Juan. Romo, ó chato, ó narigudo,
mi nariz importa poco.
Conque, que despejen esas
señoras mi casa pronto!
Largo, á escardar cebollinos!
á su pueblo, á su villorrio,
y si no tienen dinero
para su sustento propio,
que se pongan á horchateras,
ó á prenderas, ó á demonios.

Anita. No se irán, y yo lo mando,
y á tus deseos me opongo,
y te abrumaré á pellizcos,
y nos oirán los sordos,
y no verás en tu vida
de un Napoleon el rostro.

Juan. Huy! pero mujer...

Anita. Si ayer
al bailar fuistes un topo,
culpa es tuya, que no mia.
Si tu rostro es el de Momo,
si tu figura es ridícula,
culpa es del que lo hizo todo,
que así como hizo las chinches,
hizo los hombres bolonios.

Juan. Conque es decir...

Anita. Es decir,
que si una vez me incomodo...

Juan. Entendido... vuelvo á ser
lo que he sido... polvo... polvo...

ESCENA II.

DICHOS. ELISA. MATILDE. (*Por la puerta principal de la izquierda.*)

Anita. Silencio! (*Ap. á don Juan.*)
Juan. *Nihil scitur!*
como dijo bien el otro.
Matilde. Qué pasa?
Anita. Qué ha de pasar?
Mi marido...
Matilde. Qué alboroto!
Juan Eso es! me riñen porque
en mi casa...
Matilde. Qué buen modo
tuvo usted de ser galante!
Allí escuchando piropos,
espuestas á que cualquiera
nos insultára...
Juan. Ecce homo!
Matilde. Qué prisas para marcharse!
Elisa. Sino es por usted que apoyo
nos dió... á armar iban allí
una los dos...
Anita. Lo supongo.
Y qué dijeron al verse
con las dos?
Matilde. Susto mas gordo
no le han llevado en la vida.
Nuestro desmayo fué corto,
que si llega á durar mas
á carcajadas me ahogo.
Juan. Se desmayaron ustedes? (*Con alegría.*)
El cielo escuchó mis votos.
Elisa. No: fué un desmayo fingido.
Juan. Se desmayan á propósito!
Aprended, hombres, aquí,
creed en esos soponcios.
Anita. Y ahora qué piensas hacer? (*A Matilde.*)
Matilde. Vendrán aquí y habrá modo
de que vean la razon.
(*Anita se va al balcon.*)

Elisa. Pero qué dirá mi esposo?
Yo lo hice todo por tí;
yo no conocia al otro.
Matilde. Si quieres verle á tus pies
obedéceme hoy en todo.
Ten firmeza.
Anita. (*Bajando.*) Dios eterno!
Tu marido como un loco
entra en el portal.
Matilde. Lo dicho.
Yo estoy cerca.
Anita. Juan!
Juan. Qué oigo!
Nueva gresca?
Anita. Ven conmigo.
Juan. Yo!...
Anita. Silencio.
Juan. Callo.
Anita. Pronto.
Si ocurre al...
Juan. Ese hombre es memo
si no la raja el exófago.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

ELISA.

Préstame valor, Dios mio!
Mi suerte en tus manos pongo;
devuélveme como es justo
el cariño de mi esposo.

ESCENA IV.

DON LUIS. ELISA.

Elisa. (Estoy temblando!)
Luis. (*Por el foro derecha.*) (Ella es.)
Elisa. (No entra.)
Luis. (*Con el sombrero puesto.*) (Mira de reojo!
no sabré ocultar mi enojo!)

Señora... (*Se acerca y la dá un grito.*)

Elisa. Ay!

Luis. Beso sus piés.

Elisa. Caballero...

Luis. Servidor.

Elisa. Busca usted?...

Luis. A usted.

Elisa. A mí?

Luis. (Y está muy guapa, eso sí.)

Elisa. Pues yo no tengo el honor...

Luis. Cómo!...

Elisa. Conocer no creo...:

Luis. Basta de fingir, señora.

Elisa. Cómo de fingir, si ahora
por primera vez le veo!

Luis. Elisa... no... esto es mejor:
(*Coge una silla y la coloca al lado de Elisa, que se ha sentado.*) yo... estoy aquí. (*Se sienta.*)

Elisa. Ya lo he visto.

Luis. Yo no sé como resisto!...

Elisa. Está usted malo?...

Luis. De horror!

Elisa. Jesús! le causo tal miedo?

Luis. Porqué coincidencia rara
no está usté en Guadalajara?

Elisa. Decírselo á usted no puedo.
Asunto es particular,
y usted no debe saber
secretos que una mujer
se empeña en no revelar.

Luis. Es que yo tengo derecho...

Elisa. No entiendo.

Luis. Basta de broma.

Elisa. Ja! ja! ja!

Luis. A risa lo toma!

Elisa. Lo mismo hubiera usted hecho.
Quién es usted para mí,
si no le conozco yo?

Luis. Que no me conoce?

Elisa. No.

Luis. Míreme usted.

Elisa. Ahora sí:

de vista, justo, y de fama.
Usted es don Luis de Amato,
y me ha hecho ayer su retrato
con gran verdad una dama.
Casado es usted y olvida
á su esposa desdichada,
y lleva usted disipada,
alegre y dichosa vida.
Usted es el que enamora
á cuantas mujeres ve,
á la vieja porque fué,
á la niña porque ignora.
Usted que en loca porfía
tiene de dicha en tributo
un amor cada minuto,
una mujer cada dia.
Usted que su hacienda gasta
cuanto en amores recobra,
á quien tanto amor le sobra
como caudal no le basta.
Usted que tiene en sus listas
tantas damas, sin conciencia,
que mide de su existencia
las horas por sus conquistas.
Usted es quien descompuesto
está, cuando hablarme quiso,
sentado, sin mi permiso,
(*Se levanta don Luis.*)
y con el sombrero puesto. (*Se le quita.*)
Usted que viene á buscar
á esta casa otra mujer,
y se la voy á traer
para no hacerle esperar.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

DON LUIS.

Uf! uf! uf! Ya es demasiado!
(*Paseándose*)
Y con qué resolucion!

Si querrá tener razon
despues de haberme engañado!
Fuera lance divertido
y cosa digna de ver
que faltára una mujer
porque ha faltado el marido!
Dónde se vió cosa tal
aunque haya injuria ó desden?
Que el hombre falte... muy bien;
pero la mujer... muy mal.

ESCENA VI.

DICHO. MATILDE. (*Puerta izquierda.*)

Matilde. Adios, don Luis.
Luis. (Ay! la otra!
en qué Belen me he metido!)
Matilde. Tenia gana de verle.
Y usted?...
Luis. Yo? Lo mismo digo.
(Bonita está la madera
para hacer cucharas. Cristo
me valga!)
Matilde. Qué tiene usted?
Luis. Una friolera!
Matilde. No escito
hoy como ayer su entusiasmo?
Luis Oh! Sí señora, lo mismo;
pero despues de las máscaras
se queda el cuerpo rendido
y no tiene uno gran gana
de cita ni de aforismos.
Matilde. No vió usted qué escena anoche?
Luis. Mucho; pero no me esplico
á qué fué cambiar de trage,
temiéndose, y con motivo,
que la viera á cada una
su respectivo marido.
Matilde. Es que no me figuraba
que con Elisa Carlitos
estuviera, ni ella misma

que usté estuviese conmigo.

Luis. Pero diga usted: Elisa
acepta su amor?

Matilde. Me admiro
de tal pregunta: está claro.

Luis. Válgame Cornelio Agripo!

Matilde. No he aceptado yo el de usted?

Luis. Es cierto...

Matilde. Por qué tan frio
está usted conmigo hoy?

Luis. (Pues, señor, será preciso
sonsacarla.) Cá, no tal,
siempre la amo á usté rendido,
enamorado y ardiente.

Matilde. Oh! lo celebro infinito.

Luis. Ahora ya comprendo el cambio
del alfiler y... Dios mio!

Matilde. Ya veo que usted no me ama,
que era su afecto fingido.

Luis. Qué disparate! ese rostro
á la aurora parecido,
cuyos ojos nacarados
y cuyos labios de armiño,
los dientes negros rasgados
y es claro... El la habrá metido
en la cabeza mil pestes
de mi persona! magnífico!

Matilde. Pero, qué está usted diciendo?

Luis. Y lo sé acaso yo mismo?
que la amo á ella con locura,
que la amo á usted con delirio,
que él... y que ella y... los y las...
y por eso y por lo mismo...
en vista de... y al fin y al cabo...
me parece que me esplico...

Matilde. No se puede decir mas.

Luis. (Se está burlando!... bonito
papel hago... Yo no sé
cómo salir.)

Matilde. (Pobrecillo!)

Luis. Y dígame usted, señora,
cuándo Elisa ha conocido

á Cárlos?... por gusto solo
de saber...

Matilde. Ya lo imagino.
Hace mucho tiempo.

Luis. Cáscaras!
Conque el negocio es antiguo?

Matilde. Pero qué le importa á usted?
Si su mujer ha querido
imitarle, si yo le amo...

Luis. Nada, no me importa un pito.
Puede un hombre perdonar
faltas de amor, convenido;
pero nunca se tolera
que le pongan en ridículo.
Y yo lo estoy, sí señora;
cuando encuentre á algun amigo
que con cualquiera se pare...
y empiece con secretitos,
me figuraré que entrambos
se rien de mi indivíduo.
Cuando alguno me señale,
tendré que mirar de fijo
si sacó solo dos dedos
ó sacó todos los cinco.
Si me miran ¡caracoles!
si se sonríen me irrito,
y voy á vivir sobre ascuas
pidiendo á Santo Toribio,
no, á San Lucas, no, á San Marcos,
que me mande un tabardillo.
Ya ve usted mi posicion:
esto no puedo sufrirlo,
y buscaré al seductor,
y le armaré un desafío,
y le romperé la crisma
como tres y dos son cinco.

Matilde. Se guardará usted muy bien;
ese hombre es mi marido,
y no quiero que le rompan
nada, porque todo es mio...

Luis. No puedo mas: yo me ahogo!
me va á dar un parasismo.

Matilde. (Creo que la broma basta.)
Luis. Huya usted, se lo suplico.
(*Se deja caer en una butaca.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON CÁRLOS. (*Entrando de repente.*)

Carlos. Está usted aquí? me alegro.
Matilde. Yo lo celebro infinito.
Carlos. Diga usted, señora mia,
sabe usted quién soy?
Matilde. No atino.
Cárlos. Nada de farsa, yo soy
su esposo de usted.
Matilde. Lo afirmo.
Carlos. Usted sin decirme nada
de Zaragoza ha venido
trayendo probablemente
á su tia archi-vestiglo.
Matilde. Qué me quiere usted decir?
Carlos. Ella la habrá á usté inducido
á que busque un nuevo amor
no bastando con el mio.
Pero ella y usted y el tal
seductor, infame, inícuo,
sufrirán mi justa cólera.
Matilde. Caballero, no adivino...
yo no le conozco á usted.
Carlos. Esta es mas negra!
Matilde. He sabido
que usted ama á otra mujer,
y pues que con ella vivo,
voy á llamarla.
Carlos. Señora,
usted no querrá...
Matilde. Lo dicho.
Elisa!
Carlos. Voto á mil bombas,
no la llame usted.
Matilde. Insisto.
Elisa!

Carlos. Se va á armar buena!
estrepitoso conflicto!
Calle usted.

ESCENA VIII.

DICHOS. ELISA. (*Puerta izquierda.*)

Elisa. Aquí me tienes.
Carlos. Se desplomó el edificio.
Matilde. Este caballero quiere
hablar sin duda contigo.
Carlos. Señora!...
Elisa. Estaba esperando
su llegada.
Carlos. (Adios!)
Luis. (*Se levanta y se acerca.*) Qué miro!
Mi mujer y con su amante!...
Elisa. Me habia usted prometido
venir hoy á verme.
Carlos. Yo...
Matilde. Ya lo ve usted. (*A don Carlos.*)
Luis. Yo prohibo
que le hable usted. (*A Elisa.*)
Elisa. Usted tiene
á Matilde (*A don Luis.*)
Carlos. Vaya un lio!
Usté es mi mujer. (*A Matilde.*)
Luis. Y usted
es mi esposa. (*A Elisa.*)
Matilde. Desatino!
Yo amo á don Luis.
Luis. A buen tiempo.
Elisa. Yo á don Carlos.
Carlos. Vaya un pico!
Luis. Basta de enredos, señoras.
Matilde. Ah! qué es eso? Ahora salimos
conque tampoco me quiere?
Pues entonces me retiro.
Carlos. No señor: yo á esta señora
no la quiero, no la he visto.
Elisa. Entonces me voy.

Luis. No tal.
Matilde. Señores.:. (*Pausa.*)
Luis. Nada hay perdido.
Dignidad... Hasta la vista.
Elisa. Beso á ustedes...
Carlos. Yo lo mismo.
Elisa. (De buena gana le daba
un abrazo.)
Carlos. Me despido
de ustedes; me voy.
Matilde. Buen viaje...
Adios!
Carlos. Nos hemos lucido!

ESCENA IX.

DON LUIS. DON CARLOS.

Luis. Muy bien! (*Paseándose.*)
Carlos. Muy bien! (*Idem.*)
Luis. Y qué?
Carlos. Y qué?
Luis. Que esto no puede durar.
Carlos. Sí: debemos terminar.
Luis. Terminaremos.
Carlos. Sí á fé.
Luis. Eso es; tenga usted amigos.
Carlos. Eso mismo digo yo.
Luis. Serán del que los buscó
los mayores enemigos.
Carlos Justo.
Luis. Cabal.
Carlos. Eso es.
Luis. Ahorraremos los instantes.
Carlos. Matémonos cuanto antes.
Luis. Sí; y hablaremos despues.
Carlos. Tenga usted, amigo, esposa...
por buenas ó malas artes
la seguirá á todas partes,
la seducirá... no es cosa.
Ya se ve, estos calaveras
tan comunes en el dia

cifran toda su alegría
en sus conquistas arteras.
El objeto es aumentar
el catálogo amoroso,
y los deberes de esposo,
y de hombre honrado olvidar.
Es tan inmenso su amor,
que enamoran siendo bellas,
jóvenes, viudas, doncellas,
hasta casadas... qué horror!
Sin mirar que Dios mañana
los castigará lo mismo;
olvidan... el catecismo
de la doctrina cristiana.
Para ellos no hay religion,
deberes, justicia, rey;
es su capricho la ley
de su infame corazon.
Sigan con su mente inquieta
esos hombres tan malditos;
ya purgarán sus delitos
el dia de la trompeta.

Luis. Oh! Calavera insensato,
que tales males predice,
sin saber lo que se dice
está haciendo su retrato!
Eres tú por Belcebú
el que pintas con horror:
tú eres solo el seductor.

Carlos. No, que eres tú.

Luis. Tú.

Carlos. Tú.

Luis. Tú.

Carlos. Que calle tu lengua impía.

Luis. Cese tu afan obcecado.

Carlos. Tú á la mia has engañado.

Luis. Tú has seducido á la mia.

Carlos. Armas.

Luis. La pistola, el sable,
el fusil, la culebrina.

Carlos. Tu cabeza desatina.

Luis. No quiero que nadie me hable.

Sitio.

Carlos. Cualquiera es igual:
la calle si te dá gana,
ó la Fuente Castellana,
ó el Retiro, ó el Canal.

Luis. A cualquier hora; á las tres,
á las cuatro, ó á las doce,
con tal de que te destroce
trozo á trozo, lo mismo es. (*Pausa.*)

Carlos. Igual es nuestra razon.

Luis. A qué ese duelo chistoso?

Carlos. Estamos haciendo el oso.

Luis. Tocamos el violon.

Carlos. Entonces...

Luis. No quiero hablar.

Carlos. Y te vas con tal presteza?

Luis. Tengo mala la cabeza
y me voy á pasear.

Carlos. Quédate, y corre el albur.

Luis. Yo para chanzas no estoy.

Carlos. Yo me quedo.

Luis. Yo me voy.

Carlos. Hasta luego

Luis. Abur. (*Vase por el foro.*)

Carlos. Abur.

ESCENA X

DON CÁRLOS

Si él no hubiese adelantado
en su espantoso designio
mas que yo, con su mujer,
ya era el caso muy distinto;
pero si como supongo
mas dichoso que yo ha sido,
soy infeliz, y... lo otro
por los siglos de los siglos.

ESCENA XI.

DICHO. MATILDE (*Puerta izquierda.*)

Matilde. (Solo está.)
Carlos. (Mi mujer es!
Veamos si con prudencia...)
Matilde. (Valor, que tenga paciencia.)
Carlos. (Tú la pagarás despues.)
Matilde. Y don Luis?
Carlos. No mas por Dios,
me hagas sufrir tal tortura,
ya que ahora por ventura
estamos solos los dos.
Matilde. Luego quiere usted hablarme?
Carlos. Deja el usted enojoso,
y mira que soy tu esposo.
Matilde. Y vienes á enamorarme?
Carlos. Vengo á salir de una duda
fatal!... horrible!... insensata;
una duda que me mata
si es que en realidad se muda.
Amas á don Luis?
Matilde. No sé
cómo debo contestar
á quien me supo ultrajar
dando á otra mujer su fé.
Carlos. Yo confieso que hice mal,
que he olvidado tus encantos;
mas contesta por los santos
de la corte celestial.
Matilde. Fuera acaso maravilla
que una vez que me olvidaste.
y con tu desden sembraste
de discordia la semilla,
fuera acaso lance estraño
que yo olvidado te hubiera?
Carlos. No lo fuera, no lo fuera,
pero me hiciera gran daño.
Y yo sufriré tu homilia...
Matilde. Oyeme hasta el fin, y calla.
Tan mal un hombre se halla

al lado de su familia?
Tan poco atractivo tiene
el lazo matrimonial,
que con afan criminal
le rompe si le conviene?
Si así el marido abandona
á quién debe protejer,
qué espera de la mujer
si su falta no perdona,
qué estraño que de los dos
parecido sea el delito?

Carlos. Sí, todo eso es muy bonito.
Pero contesta por Dios.
Amas á don Luis?

Matilde. Pudiera.

Carlos. Cielos!...

Matilde. Pero soy honrada.

Carlos. Termina pues, desdichada.

Matilde. Menos entonces lo fuera.

Carlos. Tú no...

Matilde. Y pudiste creer?....

Carlos. Conque...

Matilde. Solo á tí te he amado.

Carlos. Huy! qué peso me has quitado.
Dios te lo pague, mujer.

Matilde. Era ya plan convenido
con su mujer.

Carlos. Ay qué mona!

Matilde. Si tu esposa te perdona
es porque infame no ha sido.

Carlos. Y yo hice tales escesos!

Matilde. Volverás á amarme, dí?

Carlos. Si no hubiera nadie aquí,
yo me la comia á besos.
Perdon! (*Se arrodilla.*)

Matilde. Levanta, bien mio.

Carlos. Todo mi sér se remoza.

Matilde. Iremos á Zaragoza.

Carlos. A Zaragoza! Hado impío!
Iria de buena gana,
pero á Zaragoza no.

Matilde. Por qué?

Carlos. Tu tia...
Matilde. Murió.
Carlos. Hossanna, Señor, hossanna.
(*Con un grito de gozo.*)
Iremos al fin del mundo,
y juro amarte de hoy más.
Matilde. Sin ser otra vez...
Carlos. Jamás,
que en la esperiencia me fundo.
Matilde. Quiero que las gracias dés
á quien me admitió en su casa.
Carlos. Requiescat, doña Tomasa.
Matilde. El brazo.
Carlos. Qué mona es!

ESCENA XII.

DON LUIS. (*Puerta del fondo; con el sombrero hasta las cejas.*)

Quiero huir, y no me voy;
quiero quedarme, y me ausento.
Vamos, no sé lo que siento,
lo que fuí, ni lo que soy...
Pérfida! no quiero hablarla!
tanto amor... constancia tal
ha de vencer un rival!...
fuera cosa de matarla...
Ella sale... Dios me ayude.

ESCENA XIII.

DICHO. ELISA. (*Puerta izquierda.*)

Elisa. (Allí está. Fingir quisiera,
pero no puedo. Dios quiera
que de la verdad no dude.)
Luis?...
Luis. Elisa?
Elisa. Has vuelto ya?
Luis. Si.
Elisa. Yo tambien.

Luis. Ya lo veo.
Elisa. (Mal oculto mi deseo.)
Quieres hablarme?
Luis. Quizá.
Siéntate... aquí... al lado mio.
Qué es eso! No es de tu agrado
estar amante á mi lado?
Elisa. Ya hace tiempo que lo ansío. (*Se sientan.*
Luis. Hola! Pero dí, mirando
mi olvido... (estoy en un potro)
no has estado así con otro?
Elisa. Tal vez hubiera debido.
Luis. Cómo!
Elisa. Si del santo templo
del amor tú desertaste,
si tan pronto me olvidaste,
si me distes el ejemplo...
Luis. Ya sé tus reconvenciones;
pero dime la verdad.
Cárlos...
Elisa. Por casualidad
escuché sus espresiones,
y no le hubiera escuchado
si Matilde...
Luis. De manera
que esa infame compañera...
Elisa. Es la que nos ha salvado.
Escitando así tus celos
has vuelto á mi lado.
Luis. Ya!
era una farsa quizá
tu amor...
Elisa. Como el suyo.
Luis. Cielos!
Elisa. Ella tu amor escuchó,
yo el de don Cárlos oí;
ni ella me engañaba á mí,
ni á tí te faltaba yo.
Luis. Y no haberlo sospechado!
Elisa. Ya se ve, quien mal se porta...
Luis. Dura es la leccion.
Elisa. Qué importa

si con ella hemos triunfado?

Luis. De modo... que tú me quieres.
Pero las dos qué resueltas...
le dán á un hombre cien vueltas
estos diablos de mujeres!

Elisa. Reconoces ya tu error?

Luis. Sí, y de veras me arrepiento;
no compensa este momento
catorce lances de amor.

Elisa. Y siempre fiel me serás?

Luis. Siempre tu esposo seré,
y como antes te querré
sin engañarte jamás.

Elisa. Justo es que temor te infunda:
que la mujer que mas quiera
perdona la vez primera,
mas no siempre la segunda.

Luis. Hundo mi frente en el polvo.
(*Se arrodilla.*)

Elisa. Alza, mi amor te disculpa.

Luis Mea culpa, mea culpa.
(*Dándose golpes de pecho.*)

Elisa. Pecador, ego te absolvo. (*Bendiciéndole.*)
Y ya no te apartarás
de mi lado.

Luis. (*Levántandose.*) Te aseguro...

Elisa. Y me amarás?

Luis. Te lo juro.

Elisa. Sin engañarme?

Luis. Jamás.

Elisa. Oh! qué dicha! eternamente
juntos de noche, de dia...

Luis. Poco á poco...

Elisa. Qué alegría
no mirarte indiferente
en mis amantes estremos,
estar para siempre unidos
en nuestro amor embebidos!
Oh! qué dichosos seremos!

Luis. Sin duda que es muy bonito
el porvenir que me espera,
mas que aprendieses quisiera

el siguiente parrafito.
La ventura conyugal
segun filósofos mil,
es parecida á un candil...
No te rias, que es formal...
Sin amor no hay matrimonio
que pueda vivir contento,
ni hay candil que tenga aliento
sin la pringue del demonio.
Mas si con torpes locuras
porque luzca con deleite
le echas aceite y aceite...
tambien te quedas á oscuras.
Ten pues, Elisa, prudencia,
y advierte no hagas lo mismo,
que de amor... á sinapismo,
hay una gran diferencia.

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

Matilde. Bravo!
Anita. Soberbio!
Luis. Quién? ah!
Juan. A muy buen tiempo vinimos.
Carlos. Conque las paces hicimos?
Luis. No sé quién las romperá!
Matilde. Ea, basta de gemir:
perdon completo y dichoso.
Elisa, el brazo á tu esposo:
ahora el tuyo. (*A don Cárlos.*)
Anita. (*A don Juan.*) Y tú has de
huir?
Juan. Que no reñimos no ves?
Anita. Los dos contentos estamos...
Juan. Procuraré que riñamos
para amarte mas despues.
Señores... tengo el honor...
todo el mundo esté contento,
y aunque yo mucho lo siento...
como solo estoy mejor...

que oigan ustedes quisiera.
Sepa usted, señora mia (*A Matilde.*)
que tras de esa galería
á dar viene la escalera...
Quédense libres mis lares,
y mi vida se remoza.
(*Coge á las dos de la mano y las lleva al balcon.*)
Posada de Zaragoza
y fondas Peninsulares.
Allí hacen bien las chuletas,
y para comer del dia,
nada como la hostería
de la calle de Carretas.
Y si es que no hay demasiado
decoro... vamos... dinero,
tiene un magno cocinero
la taberna de Pelado.
Conque... largo... hasta mas ver...
no me hagas desesperar,
quiero una noche pasar
á solas con mi mujer...
Nada, nada de reproches,
quiero vida sosegada,
conque... (*Al público*) dad una palmada,
aprisita, y buenas noches.

FIN DE LA COMEDIA.

lel rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
neros ultramarinos.
l fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
onor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
ja del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
stion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
rdo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
cífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
nra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
a de Fernan Gil.
isaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
ntriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
d.—Ya murió Napoleon.
II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
de carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
uza.—Luis y Luisito.
an.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
iál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
s vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
straordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
emorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
npleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
ujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
s vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
io ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
enga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
or es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
es de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
Carranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
esa, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
icipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
nor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
a trufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
ombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
llete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
n.—Rivera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
as.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
iginales.
—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
egunda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Si-
canegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofro-
laces de un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si
cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños d
Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don
Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Tom
Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Jua
za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—
vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caball
ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar co
celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Ve
apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Vi
Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la c

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de camp
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secret
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventu
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de ta
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perl
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenol
no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un galleg
sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Figaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubi:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasar
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta,
Carretas.

Y en Provincias en las principales.